

Un articulista de «ABC», don Ramón Sierra, «muy poco sospechoso de anti-triunfalismo, como él mismo decía, se lamentaba el otro día de la pobre información de temas nacionales que nos ofrecen los noticiarios de Televisión Española. Su artículo no respondía al punto de vista de lo que él llamaba «los destriunfadores de mala fe». El señor Sierra comprendía, y recomendaba incluso, el triunfalismo en caso de que lo exigiera «el interés general de la nación», pero censuraba la parquedad informativa de TVE en cuestiones nacionales viendo en ella «un triunfalismo por omisión que desagrada a los "fieles" y encrespa a los "infiel»». «Muchos días, decía el articulista, casi únicamente se nos presentan en la pequeña pantalla los viajes de los ministros —que a fuerza de prodigar estas imágenes pierden interés— las inauguraciones de obras o servicios —importantes unas, pero menos otras— y algún que otro desgraciado suceso del que, generalmente, sólo tienen la culpa los hados o las desatadas furias de la naturaleza y, para completar el panorama, se incluyen las calamidades que afligen a otros países...». Realmente, y en esto doy la razón al señor Sierra, no hace falta ser muy «infiel» para fijarse en la penuria informativa de los telediarios. Confío en no ser clasificado de «destriunfador de mala fe» si digo que, para mí, los «programas informativos» tienen algo de espectáculo cómico. Prevalce en ellos la información extranjera con abundancia de desgracias, tales como incendios, desórdenes públicos, guerras, secuestros y otros azotes, como si los países a que esas informaciones se refieren no tuvieran ni un momento de respiro ni de felicidad. En contraste, la «información nacional» suele aportarnos noticias venturosas, ilustradas con imágenes de agradables reuniones llenas de señores que se dan la mano unos a otros, recepciones en aeropuertos y estaciones de ferrocarril, concesión de medallas, reparto de viviendas, fletamiento de buques, inauguración de centros sanitarios, colocación de primeras piedras, bendición de instalaciones, solemnes triduos. Lo más bonito del «bloque de información nacional» es cuando sale el mapa de España sobre el que se ven los distintos «centros emisores» que, a medida que les va tocando el turno, envían un haz de luz hacia los estudios de Prado del Rey, como indicando que está llegando la «noticia» de la ciudad o de la región donde está situado el «centro informativo». El locutor, con voz de impostado triunfalismo, anuncia la llegada de la «información» y entonces sale, pongamos por caso, un grupo de simpáticas señoritas dando un paseo en coche de caballos por el Parque de María Luisa de Sevilla, la Guardia Municipal de Barcelona, haciendo evoluciones hípicas, un forzudo de un pueblo no lejos de Bilbao levantando una piedra o un locutor que, teniendo por fondo la catedral de Santiago de Compostela, entrevista a un jugador del Deportivo de La Coruña respecto de cuáles son las perspectivas del equipo con vistas a su próximo desplazamiento. O bien *last but not least*, como dicen los ingleses, aparece en la pequeña

silla de pista

DE DON MENDO A DON CICUTA

pantalla, enviado por cualquier «centro emisor»; un grupo de alegres campesinos que danzan, al son del pífano y el tamboril, en gozosas romerías y fiestas populares.

La realidad no parece ser cosa que encaje en los programas informativos de Televisión Española. A la «España real» no se le echa cuenta, como suele decirse, en aquella casa. Pero, sorprendentemente, hay en uno de los programas que desde allí se emiten, un personaje que sí pertenece a la España real. Me refiero a Don Cicuta. Don Cicuta viene a ser la encarnación del oscurantismo nacional. No se ha escrito todavía la biografía de Don Cicuta que proporcionaría, sin duda, datos importantes. Le descubriríamos, por ejemplo, lector apasionado de Diego Ramírez, defensor de los clérigos «sitiados» de Za-



ragoza y propagador de las curaciones que el traumaturgo Vicente está obrando en estos días en la «montaña» del Sagrado Corazón, en Algeciras. Lo que hasta la fecha sabemos con certeza de Don Cicuta es lo mucho que él se alegra al comprobar el alcance de la ignorancia de los concursantes del programa televisivo en que toma parte. Se frota las manos, por ejemplo, al ver que un profesor de la Enseñanza General Básica cita a la ciudad de San Francisco entre las capitales de nación del mundo que no tienen salida al mar. O incluye la palabra «cacerola» al iniciar la lista de los vocablos castellanos que contienen una «q». O de otro profesor que se queda mudo cuando le piden que mencione nombres de poetas españoles de cualquier época. El periodista don José Baró Quesada, tan poco sospechoso de «antitriunfalismo» como don Ramón Sierra, comentaba el otro día en «ABC» el «espectáculo» de la ignorancia de estos concursantes televisivos diciendo que «En los fallos y errores garrafales se echa la culpa a los nervios, que, curiosamente, no se desatan cuando el tema es de deportes, de cantantes de melodías modernas o de cosas superficiales y de diaria y frívola actualidad. Las lagunas se producen en Geografía, en Literatura, en Ciencias, en Historia... Espectáculo abierto a millones de ojos extranjeros y españoles que unas veces da risa y otras causa indignación y pena».

No hace falta ser un «destriunfador de mala fe», por seguir empleando el término de don Ramón Sierra, para darse cuenta del peligro que supone que los profesores de Enseñanza General Básica ignoren cosas tan elementales. O del peligro que supone que un personaje de la España real, de la importancia de Don Cicuta, se regocije al comprobar tal ignorancia. El viernes pasado, Televisión Española nos ofreció una versión de «La venganza de Don Mendo». He de decir que me reí mucho con la obra de Muñoz Seca que había visto varias veces desde los tiempos de Paco Melgares. Quizá pudo contribuir a ello el hecho de que había asistido la misma tarde a la representación de una obra cómica, donde no conseguí ni siquiera esbozar una sonrisa: «Play Patricio», de don Emilio Romero. En mi vida he visto una obra menos graciosa. En estas condiciones, «La venganza de Don Mendo» me resultó reconfortante. Pero el buen rato que pasé no se lo debo sólo a esto ni tampoco solamente a la interpretación de Tony Leblanc y los demás. Se debe sobre todo a que la obra de Muñoz Seca está aún vigente. Don Pedro era un hombre de derechas, monárquico, nada «destriunfador de mala fe», nada «infiel». La burla que Muñoz Seca hace del oscurantismo español conserva una notable, casi estoy por decir, alarmante frescura que su mérito literario no puede por sí solo explicar. En la España de Don Cicuta y de Diego Ramírez la farsa que este «hombre de orden» escribió hace ahora cuarenta años nos hace todavía reír. Nos da, de alguna manera, la medida de nuestra situación. ■ LUIS CARANDELL.